

“VE Y CUÉNTALO”

En un humilde hogar de Nueva Inglaterra, localidad de los Estados Unidos, una vela estaba encendida a altas horas de la noche mientras Guillermo Miller leía su Biblia. Durante muchos días y muchas noches la había estado estudiando.

Cuanto más leía, más convencido estaba de que Jesús vendría pronto, muy pronto. Estaba conmovido como nunca lo había estado antes. ¡Qué maravilloso mensaje había descubierto!

Una mañana, mientras estaba sentado ante su escritorio, oyó una voz que decía: “Ve y cuéntalo al mundo”.

Guillermo Miller se quedó muy sorprendido. “¡Oh! —dijo—, yo no puedo ir”.

Pero la voz habló otra vez: “¿Por qué no?”

“Yo no soy un predicador. Soy un sencillo agricultor —fue su respuesta—. Si alguno viniera y me pidiera que predicara, iría, pero seguramente nadie vendrá. Yo no sé hablar ante un grupo numeroso de personas”.

Guillermo Miller puso a un lado la Biblia y se preparó para ir al campo a trabajar. Estaba seguro de que nadie le pediría que predicara. Justamente entonces alguien llamó. Se abrió la puerta. Ahí estaba Irving, su sobrino, que vivía del otro lado del lago a unos veinticuatro kilómetros de distancia.

El muchacho le dijo: “Papá quiere que vayas mañana para hablarnos acerca de la segunda venida de Cristo. El pastor no está, de modo que reuniremos a los vecinos en nuestra casa y tú podrás predicarles a todos”.

¿Predicar? ¡Seguramente que no! Guillermo Miller no podía creer lo que oían sus oídos. No pudo decir una palabra. Por un momento se quedó parado mirando a su sobrino. Luego salió de la casa.

Las palabras seguían resonando en sus oídos: “¡Ve y cuéntalo! ¡Ve y cuéntalo!”

El señor Miller se fue al bosque. Arrodillándose oró: “¡Oh, Señor, yo no puedo predicar!”

Pero todo lo que podía oír era: “Ve y cuéntalo al mundo”.

“Iré y haré lo mejor que pueda”, dijo. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Nunca había predicado un sermón, pero sabía que Dios le ayudaría.

Entonces Guillermo Miller regresó a la casa donde su sobrino lo esperaba.

“Ven y almuerza con nosotros —le dijo—, después iré contigo”.

Al día siguiente Guillermo Miller habló a la gente. No se puso de pie para predicar, sino que se sentó en un gran sillón y les contó las cosas que él había hallado en la Biblia. El Señor le ayudó mientras hablaba.

Todas las madres y los padres, todos los niños y niñas escuchaban atentamente. Estaban conmovidos por las cosas maravillosas que oían. Al fin de la reunión, algunos le dirigieron preguntas, mientras otros se encaminaron silenciosamente a sus hogares pensando en lo que habían oído.

Después de esto se le pidió a Guillermo Miller que predicara muchas, muchas veces. Nunca rehusó.

Centenares de personas se convirtieron a Jesús y empezaron a esperar su segunda venida.